

Nadie muere hasta que lo olvidan, y yo recuerdo

Mario Couceiro

Formas de citación recomendadas

1 | Por referencia a esta publicación electrónica*

COUCEIRO, MARIO (2012 [1987]). “Nadie muere hasta que lo olvidan, y yo recuerdo”. *Nordés*: 13 (II Data), 35. Reedición en *poesiagalega.org*. *Arquivo de poéticas contemporáneas na cultura*.
<<http://www.poesiagalega.org/arquivo/ficha/f/1898>>.

2 | Por referencia á publicación orixinal

COUCEIRO, MARIO (1987). “Nadie muere hasta que lo olvidan, y yo recuerdo”. *Nordés*: 13 (II Data), 35.

* Edición dispoñíbel desde o 29 de febreiro de 2012 a partir dalgunha das tres vías seguintes: 1) arquivo facilitado polo autor/a ou editor/a, 2) documento existente en repositorios institucionais de acceso público, 3) copia dixitalizada polo equipo de *poesiagalega.org* coas autorizacións pertinentes cando así o demanda a lexislación sobre dereitos de autor. En relación coa primeira alternativa, podería haber diferenzas, xurdidas xa durante o proceso de edición orixinal, entre este texto en pdf e o realmente publicado no seu día. O GAAP e o equipo do proxecto agradecen a colaboración de autores e editores.

“NADIE MUERE HASTA QUE LO OLVIDAN, Y YO RECUERDO”

MARIO COUCEIRO

Cuando eso que llamamos muerte (no hay otra palabra) nos amputa algo que era parte de nosotros mismos, solemos consolarnos con las muletas abstractas que el propio hombre ha ido elaborando para su consuelo, a veces tan bellamente como esta reflexión de Gilbert Durand: «La vida no es más que la separación de las entrañas de la tierra; la muerte se reduce a un retorno al hogar». Es, efectivamente, un hermoso pensamiento, aparte la cantidad de verdad que subyace en él. Pero a mí, que estoy enhebrando estas líneas precipitadamente, sólo un día después del fallecimiento de Tomás Barros, la reflexión abstracta me sirve de muy poco. Quiero decir que no me consuela. Es más, íntimamente no quiero, no deseo consolarme con abstracciones, y estoy seguro (bueno, casi seguro) que real y verdaderamente él no ha desaparecido para siempre. En cambio, y al margen abstracciones, creo, recordando a un gran escritor gallego, «que nadie muere hasta que lo olvidan, y yo recuerdo». La memoria *transmitida* es la única forma de inmortalidad posible y real a escala humana. Todo lo demás (estatuas, frases o sentencias mortuorias, discursos laudatorios post mortem, ritos y ceremonias protocolarias) carece de sentido. Hasta la misma gravedad formal con la que se rehogan esos ritos ceremoniales está herida mortalmente de seriedad disfrazada. Quizá los sacerdotes adictos a esa clase de ceremonias sean, casi siempre, sinceros, y yo los respeto, pero ese tipo de escenografías me repele. y a lo peor, no lo niego, de un modo irracional, aunque me siento más cómodo con mi pobre irracionalidad.

¿Quién era, quién fue Tomás Barros? Para los enterados, un escritor, un poeta y un artista que en algunas ocasiones no conectaba con el gran público y que, por lo tanto, su categoría intelectual no se hallaba a la misma altura, popular y económica, de los que sí conectan con una gran masa de gentes, porque, a veces, no basta la calidad intelectual o la mera inteligencia. Conviene, para esa clase de *co-*

nexiones, emplear la *listeza*, herramienta mucho más rentable. Tomás Barros no ejercía de *listo*, quiero decir, de *cuco*, y era terriblemente sincero consigo mismo. Este *fallo* de su personalidad quizá hiciese sospechar a los *listos* que no pisaba firmemente en el suelo de la realidad con arreglo al concepto de realidad que preside las maniobras de los profesionales de la *listeza*, porque los *listos*, en ocasiones, piensan, pero mal. El, Tomás, sabía todo esto y continuaba su camino en búsqueda de la única realidad para la que no bastan las respuestas próximas y mostrencas, y conviene explicar y hallar cada día, y que posiblemente no se explique del todo sino ejerciendo la constante y dolorosa duda. Así, tanto su obra pictórica como poética, es probable que no haya sido más que una constante y larga investigación, un brillante aprendizaje hacia el pozo de la belleza donde acaso nos espera la verdad. Creo que un talante humano de tal naturaleza entraña una forma de valentía que, naturalmente, escapa a las medidas convencionales que empleamos para calibrar a los *héroes* al uso.

Para mí, que he sido su amigo durante más de 30 años, queda el *otro* Tomás, más cercano y entrañable, ése que no puede morir «porque yo recuerdo». Me atrevo a decir, a pesar del peligro que acecha desde un ingente montón de tópicos resobados por la costumbre, que era bueno en toda la extensión de la palabra. No porque considerase que ser bueno constituye, para el hombre inteligente, una necesidad, sino porque no podía remediarlo. Sin embargo, *hay que enterrarlo, hemos de enterrarlo*, parodiando los versos de aquel extraordinario poema que Tomás Barros escribió con motivo de la muerte de su maestro Bello Piñeiro, como si enterrar las cascadas, los árboles, los atardeceres de un lienzo fuese cosa fácil, o como si la belleza de un poema se descompusiese al mismo ritmo de la carne mortal.

(«La Voz de Galicia», 11-IX-86)